

GUMERSINDO DE ESCALANTE, O.F.M.CAP.

*El Colegio de Filosofía
de León dedica este pequeño
trabajo*

Dr. Gumersindo de Escalante

EL PROBLEMA PSICOLOGICO DE LA CONVERSION



3-2-23

MADRID
1 9 4 6

El problema psicológico de la conversión

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA.

En la primera parte de nuestro estudio ⁽¹⁾ dijimos que el problema de la conversión de los infieles era preferentemente un problema psicológico, y por eso mismo embarazado por esa complejidad característica de esta clase de problemas.

Dijimos igualmente que en la solución de este difícil problema intervenían dos factores, de orden sobrenatural el uno, de carácter humano el otro: la gracia y la cooperación del misionero.

El problema no existe, decíamos también, para el primer factor. La gracia puede en un momento desbordar todas las resistencias y orillar todas las dificultades. El problema empieza precisamente cuando empieza la colaboración humana.

En la primera parte de nuestro estudio hemos descrito con la mayor viveza y objetividad posibles la serie aterradora de obstáculos externos al hecho psicológico de la conversión, problemas previos, que dificultan la labor del misionero y entorpecen su marcha hasta ponerse en contacto directo con el alma del infiel.

Suponiendo ya vencidos todos los obstáculos y resueltos esos formidables problemas, vamos a enfrentarle ya definitivamente

(1) Este artículo es parte de un libro sobre el Problema psicológico de la Conversión de los infieles, próximo a editarse.

con ese enigma, que es el alma del hombre. Vamos a ponerle como a otro Edipo, ante la esfinge misteriosa del alma del salvaje, del infiel, para exigirle que descifre, si puede, el pavoroso geroglífico de la psicología del alma pagana y nos dé el resultado: la conversión al cristianismo.

No es nada fácil el intento. El problema de la conversión de los infieles decimos que es un problema psicológico que puede condensarse en esta fórmula: ELIMINAR DE SU INTELIGENCIA TODAS SUS CREENCIAS ERRONEAS Y SUSTITUIRLAS POR OTRAS NUEVAS; IMPONER A SU VOLUNTAD LA RENUNCIA ABSOLUTA A SUS COSTUMBRES VICIOSAS, OBLIGANDOLE A ACEPTAR OTRAS NUEVAS, o para expresarlo en una frase histórica, es dirigir al infiel aquella frase que cuentan dirigió S. Remigio de Reims al famoso Clodoveo: «*Quema lo que adoraste; adora lo que quemaste*». ¿Es esto fácil?

«Convertirse —dice Raoul Allier—, es a la letra cambiar toda la orientación de una conducta y de los motivos y móviles que la inspiran; es llegar a ser, a imitación de Cristo, una nueva creatura»⁽²⁾. O como dice Ortega y Gasset, «un súbito cambio del centro de gravedad en un alma que hasta ahora gravitaba hacia un ideal y de pronto se polariza íntegramente hacia otro, acaso opuesto»⁽³⁾.

El problema, como se ve, supone una lucha tenaz. Lucha por parte del infiel que con toda la energía de sus prejuicios ancestrales, se resiste a entregar como botín, mientras no sea vencido en batalla, el tesoro de sus creencias y de sus instituciones raciales; y lucha por parte del misionero que, con todo el armamento impresionante de su cultura y de sus argumentos teológicos, pretende derrumbar toda una civilización milenaria para implantar el imperio de Cristo. Ese es el problema, fácil a primera vista.

El infiel ¿no quedará deslumbrado ante el bagaje inmenso de la cultura que el misionero tendrá buen cuidado de desempaquetar ante sus ojos atónitos? ¿Dónde encontrará su inteligencia enana argumentos suficientes para responder a las ra-

(2) *La Psychologie de la Conversion, chez les peuples non civilisés*, I, París 1925, 24.

(3) *Teoría de Andalucía y otros Ensayos*, en: *Revista de Occidente*, Madrid 1944, 42.

ziones tajantes que, con aire de triunfo, desarrollará ante ella el heraldo del Evangelio?

Pues, a pesar de todo, la tarea es sumamente difícil y muy capaz de arredrar al más valiente. Ya en su tiempo lo advertía San Francisco Javier: «Es un error creer a los bárbaros fáciles de convertir y cuanto más bárbaros son, más dificultad encuentran para aprender y seguir la senda de la virtud»⁽⁴⁾.

Hay que darse cuenta que el alma del infiel no es como el alma de un niño, virgen todavía de creencias y de vicios, sobre la cual, con facilidad suma, se pueden ir grabando creencias nuevas y nuevos hábitos. El alma pagana no es una «tabla rasa», no es un papel en blanco en el cual se puedan escribir a placer los dogmas y los preceptos de una nueva religión; es, más bien, un arrugado pergamino, un viejo palimpsesto, donde se hallan escritos, unos sobre otros, viejos dogmas y viejas costumbres de culturas pretéritas. Para grabar en ellos el Evangelio es necesario borrar antes todas estas viejas escrituras con la esponja de la persuasión y de la predicación.

LA LUCHA DE DOS CULTURAS.

Y aquí comienza el problema. Para convertir a un infiel es preciso hablarle, persuadirle que todo lo que él creía hasta entonces era falso, que todo lo que él practicaba hasta entonces era absurdo; y para que el infiel se persuada de esto, es necesario primero que entienda al misionero.

La dificultad primera está ahí: en que dos hombres educados en ambiente totalmente distinto, que poseen culturas diametralmente opuestas, lleguen a entenderse. Ordinariamente, el misionero procede de Europa, o, por lo menos, de un país de civilización europea, acostumbrado a pensar, a expresarse en conformidad absoluta con la psicología europea, con el medio ambiente social y cultural que siempre ha vivido.

El infiel, por su parte, posee otra cultura, otra educación, otra psicología, otro modo de pensar, de discurrir, de expre-

(4) ALEXANDRE BÉOU, *Saint François Xavier*, París 1925, 42.

sarse, muy distinto, si no diametralmente opuesto. «Sea por lo que quiera —dice el P. Joliet—, la diferencia de psicología entre el europeo y el chino es brutal. No ven las cosas desde el mismo punto de vista»⁽⁵⁾. Y si tan brutal es la diferencia de psicología entre el europeo y el chino, ¿cuál será entre el europeo y el negro del Congo o el salvaje de Polinesia?

Cuando dos filósofos discuten, si los dos enfocan de distinto modo la cuestión o toman los términos en distinta acepción, no llegarán a entenderse jamás. Por eso precisamente discuten, porque no se entienden, porque no llegan a ponerse de acuerdo.

Cuando el misionero y el infiel, representantes de dos culturas diferentes o quizá opuestas, se ponen frente a frente, si no llegan a entenderse de antemano, empiezan a discutir, o lo que es lo mismo, empieza la lucha, en la cual el misionero toma el papel de invasor y el infiel el de defensor de su cultura amenazada. ¿Es fácil resolver esta lucha a favor del invasor? Vamos a ver que no.

¿CÓMO SE CREA UNA CULTURA.

La cultura de un pueblo es el resultado de dos factores, uno de carácter individual y otro de carácter social, o lo que es lo mismo, que la psicología peculiar de un pueblo es creada por las tendencias y facultades innatas de cada individuo y por la influencia del medio ambiente.

Lo que cada uno de nosotros poseemos de propio, producto exclusivo de nuestra inteligencia o de nuestro corazón, es muy poco. Poseemos, ciertamente, tendencias instintivas, facultades naturales, capaces de desarrollarse y producir toda una cultura individual; pero, en realidad, un hombre que vive en sociedad, como lo son la casi totalidad de los hombres, posee en su psicología muy poco de propio; casi todo lo ha recibido del medio ambiente, aunque lo haya después modificado más o menos al recibirlo dentro del molde de su psicología personal.

Por eso puede asegurarse que el ambiente, la sociedad,

(5) *Bulletin des Missions*, janvier-fevrier, 1928, 35.

modela a los individuos, comunicándoles lentamente ese caudal de ideas y de sentimientos comunes que constituyen la base de una cultura.

Claro está que el medio ambiente social, ese cúmulo de ideas y de costumbres que son el meollo de una cultura, no se ha creado solo. Es un producto de psicologías individuales, porque la sociedad, como tal, no piensa ni obra: los que piensan y obran son los individuos. Pero ¿cómo se explica que todos los hombres de una misma raza, de una misma nación, piensen y obren del mismo modo? O lo que es igual, ¿cómo se crea esa mentalidad común que hemos llamado medio ambiente?

Muy sencillo. Siempre que se juntan unos cuantos hombres suele haber entre ellos uno de mentalidad superior a los demás, que acaba por imponer sus ideas y sus modos de proceder. He aquí el embrión de una psicología racial, de una cultura. Las ideas de ese hombre superior son las ideas de todo el grupo. Está ya creado el medio ambiente. Todo otro individuo que venga a incorporarse a ese grupo sufrirá la influencia del medio ambiente, y precisamente esa pasividad innata en el hombre, esa tendencia a dejarse influenciar por el medio ambiente, es la causa genética de la existencia de razas, de naciones, constituídas por individuos semejantes, no sólo en sus rasgos fisonómicos, sino también en sus características psicológicas.

Por eso es necesario —dice Bartlet— guardarse de la tentación de separar al individuo de su grupo social al tratar de investigar el origen de las costumbres sociales de un pueblo»⁽⁶⁾.

La cultura de una nación no es la suma de las culturas individuales de todos sus ciudadanos, sino la cultura de uno o de algunos ciudadanos comunicada por influencia a los demás. Así se explica por qué hay culturas nacionales y culturas raciales; de otro modo no habría sino culturas individuales. Así puede decirse, como ley general, que el individuo crea la cultura y la sociedad la transmite, de tal manera, que una vez creada la cultura social, los individuos que se agregan después, por nacimiento o por adhesión, no hacen más que

(6) *Psychologie and primitive culture*. Cambridge 1923, 1.

recibir pasivamente del medio ambiente las ideas y sentimientos que en él flotan, formándose en ellos la psicología racial, tan solidaria y dependiente de la sociedad en que viven, como la hoja del árbol que la sustenta, como la célula del organismo que integra.

Ese es el fenómeno que se llama «*captación del ambiente*», captación tanto más profunda y tenaz, cuanto mayor es la pasividad del individuo y el tiempo que transcurre.

Con una comparación me haré mejor entender. Es una teoría aceptada por los geólogos que la formación de las enormes masas rocosas que hoy constituyen el corazón de las grandes montañas y cordilleras, se ha verificado por sedimentación lenta y progresiva en el fondo de los geosinclinales.

Las lluvias que caen sobre los continentes arrastran en su descenso hacia los ríos millones de partículas minerales y de restos orgánicos en disolución o suspensión. Los ríos las transportan al mar, y allí, entre el continuo vaivén de las olas, en el secreto solemne de la naturaleza, esas partículas de polvo impalpable van cayendo como finísima lluvia de arena sobre el fondo silencioso del océano.

Al principio, esas menudas arenillas forman una capa tenue que un soplo podría dispersar, pero otras capas finísimas van cayendo lentamente unas sobre otras, y así días y días, años y años, siglos y siglos, hasta que se originan enormes sedimentos, de varios kilómetros de espesor, que gravitan sobre el fondo con pesadumbre agobiadora. Aquellas tenues arenillas del principio, bajo el peso inmenso que gravita encima y bajo la acción de los años, se aprietan, se adhieren unas a otras con increíble tenacidad hasta que llegan a formar esas masas rocosas que son el corazón de las montañas, tan duras, que para arrancarlas de allí se necesita el taladro del barreno y la explosión de la dinamita.

De un modo semejante, el medio ambiente va formando y modelando la psicología racial en cada uno de los individuos que integran un grupo social.

Desde que un hombre abre por primera vez su alma a la razón, empiezan a caer sobre ella, como lluvia menuda, las ideas y los sentimientos que se hallan en suspensión en el medio ambiente de la sociedad en que vive. El niño las recibe

sin resistencia, sin sentir su peso. Los primeros años, cuando aquellas ideas y aquellos sentimientos no han adquirido cohesión ni solidez, es fácil eliminarlos y sustituirlos por otros, como es fácil eliminar de un soplo una capita de arena fina. Pero pasan los días, los meses y los años, y esas ideas y sentimientos se van adhiriendo al alma cada vez con más tenacidad, hasta crear una fe, un fanatismo en la inteligencia, una costumbre, quizá un vicio en el corazón. Para desalojar ese fanatismo de la inteligencia o despegar esos vicios del corazón se necesitará ya el taladro de la persuasión o la explosión violenta del milagro.

¿No hemos observado el fenómeno en nosotros mismos? Las ideas nuevas, las prácticas recientes, son inestables, como la capita tenue de polvo que cayó sobre la mesa. Pero a medida que el tiempo avanza, las ideas no removidas se agarran fuertemente a nuestro entendimiento, generando una persuasión, un hábito intelectual, difícil de arrancar. Las prácticas, al principio vacilantes, van adquiriendo la persistencia de los hábitos morales, se van convirtiendo en virtudes o en vicios, cuya tenacidad adherente es con frecuencia imposible de vencer.

Así se forman todas las culturas. El medio ambiente va depositando las ideas y las costumbres en el espíritu de los individuos y el tiempo los va aglutinando, dándoles esa homogeneidad característica de cada nación o de cada raza.

No hay, ni nunca ha existido, el hombre de psicología solitaria, independiente de la colectividad. Todos, más o menos, recibimos en nuestro espíritu esa influencia del medio ambiente: esa impronta de la raza o de la nación, puede ser que sin advertirlo. Es decir, que las naciones no son un montón de individuos de psicologías distintas; como si dijéramos, un montón de cantos rodados, reunidos en aluvión en un punto cualquiera del espacio o de la Historia, sino una masa compacta y uniforme, con todos sus elementos aglutinados por la argamasa de una cultura común.

Según esto, el problema para el misionero que trata de convertir a un infiel no consiste en luchar contra una psicología individual, ni en modificar una cultura personal. Si no fuera más que esto, su labor sería relativamente fácil, supuesta

su superioridad cultural. La lucha es contra toda una cultura nacional, porque cada hombre es un compendio de la cultura de su nación.

Para introducir en esa alma una doctrina nueva es preciso antes arrancar otra doctrina vieja, inscrustada allí a golpe de años y de generaciones. El clavo nuevo del Evangelio no entrará si no se arranca antes el clavo viejo y oxidado, tenazmente adherido a la madera de la raza.

MENTALIDAD COLECTIVA.

Del hecho histórico, comprobado, de la pasividad del hombre para dejarse influenciar por el medio ambiente, nace el hecho psicológico que se ha llamado «*mentalidad colectiva*». Es la tendencia a pensar en común, a obrar en común, o sea, a pensar como los demás, a obrar como obran los demás.

Esa tendencia a pensar y obrar colectivamente, en el sentido psicológico que hemos explicado, es común a todas las razas por civilizadas que se las suponga. No obstante, en las razas civilizadas se observa una mayor resistencia en los individuos a dejarse influenciar por el medio ambiente, lo que ha dado pie a que muchos psicólogos y etnólogos hayan clasificado a las razas en «*razas de mentalidad individual*» y «*razas de mentalidad colectiva*».

Nosotros vamos a aceptar la clasificación, no en el sentido de dos mentalidades totalmente opuestas, sino en el sentido de mayor o menor colectivización.

El individuo civilizado tiene una mayor resistencia a la influencia del medio ambiente, y esto depende de que en el ejercicio de sus facultades mentales no es meramente pasivo, como el de las razas salvajes; sino que crea algo por su cuenta, es decir, que tiene ideas propias que constituyen su psicología personal, al mismo tiempo que reflexiona sobre las ideas recibidas, y las selecciona, aceptando las que le parecen buenas y rechazando las que le parecen malas. Es decir, que su incorporación a la cultura racial es consciente.

Ahora bien: según va disminuyendo el nivel cultural, va disminuyendo en el individuo la capacidad de resistencia al

medio ambiente; el individuo se va haciendo cada vez más pasivo y menos consciente, creándose entonces el verdadero tipo de mentalidad colectiva. Es el caso de casi todas las razas paganas, a las que la Iglesia tiene que hacer llegar su acción evangelizadora.

Mas no vaya a creerse que esa mentalidad colectiva depende exclusivamente del mayor o menor grado de civilización de un pueblo. Influyen también otros factores de orden psicológico o histórico. A veces es una tendencia atávica, una herencia ancestral.

En la misma Europa hay naciones de un grado de civilización avanzado y que, sin embargo, presentan rasgos de una mentalidad colectiva bastante pronunciados, hasta constituir un rasgo peculiar suyo; las razas eslavas, por ejemplo. Hay otras razas, por el contrario, que tienen más desarrollado el sentido de la personalidad, naciones de tipo marcadamente individualista, como las razas latinas, tan reacias, por lo general, a movimientos religiosos, políticos y sociales de tipo colectivo.

Esas diferencias psicológicas podemos atribuir las, aparte del distinto grado de civilización, a circunstancias sociales o históricas diversas. El hecho histórico, por ejemplo, de que una nación viva muchos años con los vínculos sociales muy relajados, al borde de la anarquía, influye necesariamente para crear en los ciudadanos tendencias anárquicas e individualistas. Por el contrario, la costumbre de vivir largos siglos sujetos a poderes despóticos que intervienen abusivamente en todas las manifestaciones de la vida social, matando toda iniciativa privada, influye también necesariamente en crear esa tendencia a la obediencia, a la pasividad que se observa en algunos pueblos.

¿Quién duda que las tendencias democráticas de la antigua legislación española, con sus fueros, sus franquicias, sus usatges, favorecieron grandemente ese individualismo, tan característico de los españoles, que rezuma en aquella célebre fórmula que pronunciaban los nobles aragoneses al coronar al nuevo rey: Nos, que todos juntos valemos más que Vos, y solos, valemos tanto como Vos, os hacemos a Vos rey? Toda la historia de España es una prueba viviente de ese espíritu

individualista, de esa fiera independencia del alma española, personificada en el Cid Campeador, exigiendo cuentas al rey Alfonso en la iglesia de Santa Gadea. Precisamente ese espíritu individualista, tan marcado en la raza latina, ha hecho siempre tan difíciles en ella las reacciones colectivas necesarias, a veces, para detener un proceso revolucionario.

¿Quién duda, por el contrario, que el despotismo de la autocracia zarista, que gravitó sobre Rusia durante siglos, haya creado en aquella nación esa fuerte mentalidad colectiva, esa tendencia racial a la obediencia y a la sumisión, cristalizada en la frase habitual del *mujik* ruso: «nuestro padrecito el Zar», que ahora han sustituido por esta otra: «nuestro padrecito Stalin»?

LA ADHESIÓN AL CLAN.

Precisamente, las naciones o pueblos a los que la Iglesia católica tiene que hacer llegar su acción evangelizadora son pueblos de mentalidad colectiva muy acentuada: unos por falta de desarrollo intelectual, como las razas salvajes; y otros por educación, por atavismo, por herencia histórica, como las razas indostánicas, chinas, japoneses, y como los pueblos musulmanes.

«Los bárbaros —dice Alexandre Brou— tienen más que los demás hombres un espíritu gregario; sienten más íntimamente la solidaridad y no reaccionan sino por grupos»⁽⁷⁾. Es de notar que Brou entiende aquí la palabra bárbaros en su sentido más amplio, como la entendían los antiguos misioneros del tiempo de San Francisco Javier, al hablar de los chinos, japoneses, musulmanes e indios.

De ahí nace precisamente la gran dificultad para la conversión en pueblos de mentalidad colectiva. La conversión es un hecho psicológico individual y requiere por eso mismo una iniciativa personal, ¿cómo es posible una iniciativa personal en hombres totalmente sometidos a la colectividad, acostumbrados a pensar y a obrar en común, ignorantes de lo que es esfuerzo personal, pensamiento personal?

(7) *Saint François Xavier*, 42.

En pueblos de esta naturaleza, la colectividad ejerce sobre los individuos una especie de tiranía inconsciente, tanto más intensa cuanto la colectividad es más inmediata o más cercana al individuo. Así, la familia ejerce mayor influencia sobre el individuo que la tribu, y la tribu que la nación o que la raza.

«El hindú —dice el misionero capuchino P. Damián Reumont— no tiene el sentimiento intenso de la personalidad que tenemos nosotros, los europeos. El siente, piensa y obra siempre en función de la familia»⁽⁸⁾, o sea, en completa solidaridad con la familia; y lo que se dice de la familia se puede decir de la tribu, de la casta, de la nación o de la raza.

Convertir a un individuo de mentalidad colectiva es arrancarle violentamente de la familia, del clan al que pertenece, lo cual, para individuos fuertemente adheridos al clan, es punto menos que imposible. Un canto rodado se separa fácilmente de sus compañeros de montón, pero arrancar un trozo de piedra de una roca cuesta sudor y golpes.

«Entre los pueblos europeos o de mentalidad europea —dice el P. Dufonteny—, el reclutamiento es individual. Por el contrario, la unión con el clan es para el negro el gran determinante para la demanda de admisión en el catecumenado. ¿Por qué quieres tú convertirte al catolicismo? La respuesta más ordinaria será: «Porque sé que se ha convertido también mi familia»⁽⁹⁾.

Es decir, que en el negro, y lo mismo puede decirse, en mayor o menor grado, en pueblos de mentalidad colectiva, falta la iniciativa personal y los cambios de creencia no se verifican de ordinario, sino en grupo, colectivamente.

LA TIRANÍA DE LA COLECTIVIDAD.

Hemos dicho que la colectividad ejerce una especie de tiranía inconsciente sobre los individuos que la integran, tanto más opresora cuanto esos individuos carecen de iniciativa personal. Creer algo distinto de lo que los demás creen, obrar

(8) *Le Catholicisme aux Indes*, en: *Etudes Franciscaines*, janvier-fevrier, 1936, 11.

(9) *Bulletin des Missions*, main-juin, 368.

algo distinto de lo que los demás obran, salirse del molde común es singularizarse, es atraer sobre sí las miradas, las murmuraciones, los odios, quizá las persecuciones de los demás. En este sentido, todos, más o menos, vivimos sometidos a la tiranía de la colectividad. ¿Hay muchos hombres que tengan el valor suficiente para enfrentarse con la sociedad en que vivimos y creer y vivir en oposición a ella? Se requiere para ello una gran dosis de despreocupación, o un fuerte sentimiento del propio valer o de la propia personalidad.

Pues si aún para nosotros resulta poco menos que un acto heroico colocarnos al margen de la colectividad; júzguese lo que significará para el pobre negro del Congo, carente en absoluto de personalidad intelectual y sumergido totalmente en su colectividad.

«El sentimiento de la oposición social —dice A. Allier— obra como una fuerza de inhibición... El valor de oponerse a la opinión común es raro, aun entre pueblos civilizados, ¿cómo será ello fácil para un individuo que no ha tenido nunca la más pequeña idea de lo que es una iniciativa moral? El no-conformismo social, en el sentido más amplio de la palabra, supone casi el heroísmo»⁽¹⁰⁾.

No puede negarse que, aun en pueblos de fuerte mentalidad colectiva, se dan casos de iniciativa personal, de conversiones aisladas. El heroísmo que esto supone puede colegirse de uno de tantos casos como narra el P. Dufonteny. «En cierta ocasión —dice el misionero— vino a mi casa una mujer de uno de los pueblos de la misión, llamado Tuku. En Tuku se había establecido, hacía ya mucho tiempo, una capilla con su catequesis, sin que se hubiera producido ninguna petición de bautismo; cuando una noche, a eso de las diez, oí tocar suavemente a la puerta.

—¿Quién es?—pregunté.

—Soy yo.

Esta es, invariablemente, la respuesta que da el indígena cuando se le pregunta por su personalidad.

—¿Quién eres tú?—volví a preguntar.

—Abre y lo sabrás—me contestó el que llamaba.

Ya estaba yo acostado; me levanté, y alumbrándome con

(10) *La Psychologie de la Conversion*, 135.

una vela me acerqué a la puerta. No había hecho más que correr el cerrojo cuando la puerta se abre violentamente y una mujer penetra apresuradamente, echándose a mis pies. Lleno de asombro la pregunto qué es lo que quiere y me contesta:

—Padre, yo no saldré de aquí sin haber recibido el bautismo.

—No son éstas horas para recibir el bautismo—la contesté—, ven mañana.

—Mañana yo no estaré viva. Saben ya en el pueblo que yo deseo recibir el bautismo y han decidido matarme esta noche. Antes de morir yo quiero recibir el bautismo; no saldré de vuestra casa sin haberlo recibido.

La mujer se llamaba Maleka y era la tercera esposa del jefe del pueblo Lengelenge. El asunto era, por tanto, muy espinoso. Hice levantarse a uno de mis criados y le ordené que fuera a llamar a los jefes del pueblo. Cuando éstos estuvieron presentes, les dije:

—Jefes, esta mujer ha venido a forzar la puerta de mi casa. Preguntadle el motivo.

Antes que los jefes tuvieran tiempo de hablar, la mujer se dirigió a ellos diciéndoles:

—Vosotros habéis decidido matarme esta noche porque sabéis que quiero bautizarme. Por eso he venido a casa del padre para bautizarme antes de morir.

—¿Quién te ha dicho eso?—le contestó uno de los jefes.

—Lo he escuchado, escondida en la selva, cuando estabáis deliberando—replicó Maleka.

—Padre—dijo entonces el jefe, dirigiéndose a mí—, mañana arreglaremos este asunto.

Pero Maleka insistió en que había de ser allí mismo y los jefes se retiraron a consultar. Mientras los jefes consultaban y deliberaban, Maleka se puso a rezar Avemarías, entrecortadas por suspiros y sollozos.

Los jefes insistieron en dejar el asunto para el día siguiente, pero Maleka se obstinó en que había de ser aquella misma noche, diciendo:

—Es inútil; matadme si queréis, pero matadme aquí: porque yo no saldré de aquí sin haber recibido el bautismo.

—Padre—me dijo entonces uno de los jefes con indigna-

ción—, esta mujer es una rebelde. No queremos que viva entre nosotros. Llévala contigo, si quieres, pero que salga del pueblo inmediatamente; ella ya no pertenece a nuestro pueblo.

Y dirigiéndose a la mujer la llenaron de injurias y de maldiciones. Yo me hice entonces cargo de la mujer y decidí trasladarla al poblado de Luzolu, que era cristiano. Al partir al día siguiente para dicho poblado, seguido de Maleka, que iba a pie, con su ajuar a la espalda, todo el pueblo en masa salió a despedirla con gritos e imprecaciones como estas: «Vete, vete, ya no eres de los nuestros. Tu madre te maldice y la tierra de tu madre reniega de ti. Tú no serás enterrada en la tierra donde está enterrada tu madre. Los perros te comerán y su vientre será tu sepultura». En fin, todas las maldiciones imaginables cayeron sobre la cabeza de la pobre Maleka. Poco tiempo después, debidamente instruída, pude administrar el bautismo y fué una cristiana ejemplar»⁽¹¹⁾.

Este relato emocionante nos demuestra que si abandonar las creencias y las costumbres de una colectividad resulta algo heroico aún en países civilizados, en países salvajes, donde la colectividad ejerce una tiranía absoluta ahogando todo intento de iniciativa personal, toca en las cimas del heroísmo, sólo explicable por un milagro moral de la gracia, como en el caso de Maleka. El P. Dufonteny cuenta algunos otros casos semejantes y siempre aparece el mismo obstáculo, humanamente insuperable.

Y no se crea que esta tiranía de la colectividad, hasta suprimir toda iniciativa privada, es algo exclusivo de los pueblos salvajes, en naciones de civilización más avanzada se da el mismo fenómeno. El P. Rutten, misionero de China, en una de sus brillantes conferencias pronunciada en una de las Semanas misionológicas de Lovaina, al examinar las causas del avance lentísimo del catolicismo en China, señala ésta como la principal. Lo que retiene al chino, sobre todo al chino de cultura algo superior, de abrazar el cristianismo es el respeto humano, la vergüenza de singularizarse, el temor a atraerse el desprecio de sus conciudadanos y el desvío de sus familiares. «¿No te da vergüenza? ¿Qué se va a decir de ti? Tú vas a ser

(11) *Autour du Probleme de l'Adaptation*, compte rendu de la quatrième semaine de Missionologie de Louvain, 1926, 127.

la deshonra de nuestra familia. Vas a atraer el desprecio de todos sobre tu padre y sobre tu madre.» El chino que se convierte tiene la seguridad de atraer sobre sí todas estas recriminaciones e imprecaciones; «he ahí la causa —dice el Padre Rutten— por la que muchos chinos rehusan hacerse cristianos, aun después de haber comprendido la belleza y la necesidad del cristianismo y de haber experimentado el deseo de abrazarle» ⁽¹²⁾.

LA TRADICIÓN: LOS MUERTOS MANDAN.

Los pueblos de mentalidad colectiva son eminentemente tradicionalistas, en el más amplio sentido de la palabra. Si la colectividad ejerce una especie de tiranía sobre los individuos, ligándolos con lazo indisoluble, ese lazo se convierte en sagrado cuando la colectividad ha recibido ya el bautismo de la Historia, cuando a los miembros vivos de la colectividad se unen los muertos, los espíritus de los antepasados, que, aún después de muertos, siguen formando parte de la colectividad, como vigilantes y jueces inapelables de las costumbres y tradiciones que dejaron.

La razón suprema para justificar una creencia o una conducta es casi siempre para individuos de mentalidad colectiva, que así lo creen y así lo hacen los demás; pero cuando además pueden añadir que así lo creyeron y así lo practicaron sus antepasados, el argumento se transforma en una especie de rito religioso, como si las creencias y las costumbres hubieran recibido una especial consagración religiosa de la muerte.

Las generaciones que van pasando obran sobre el espíritu del hombre como los sedimentos que van cayendo sucesivamente sobre el fondo del mar, oprimiéndole con su peso hasta hacer imposible todo movimiento. Una costumbre, una creencia continuada durante varias generaciones adquiere una consistencia y una adhesión tal de una roca dura.

Las tradiciones tienen más fuerza cuanto son más viejas. En cierta ocasión, un personaje católico se esforzaba por con-

(12) *Les obstacles à l'évangélisation de la Chine*, en: *Obstacles à l'Apostolat*, 38s

vertir a un amigo suyo protestante. Le había convencido ya de la belleza y de la superioridad del catolicismo, pero el protestante oponía siempre la misma dificultad:

—El protestantismo es la religión de mis padres, ¿cómo voy a abandonar yo la religión de mis padres?

—Cavad en el sepulcro de vuestros padres y a los dos metros encontraréis el catolicismo—le contestó el católico.

El argumento fué decisivo y el protestante se convirtió. Una tradición venció a otra. Pero si cavando en el sepulcro de los antepasados encontramos siempre las mismas creencias, las mismas costumbres, ¿cómo podremos vencer la fuerza de la tradición?

Ese es el caso precisamente de los pueblos infieles, pueblos de cultura milenaria, de tradición uniforme que ha recibido del tiempo la consistencia de las cosas eternas e incommovibles, tradición que se ha convertido en ley, pero ley grabada en el fondo del alma con toda la fuerza sagrada de un juramento.

«Lo que el negro ha recibido de sus antepasados es sagrado para él —dice el P. Dufonteny—, y aun cuando tenga ya un tinte de civilización, conserva siempre un fuerte apego a sus costumbres ancestrales»⁽¹³⁾. «Para el negro —dice el Padre Declercq— no existen más leyes que sus tradiciones ancestrales, cuya transgresión no tiene tampoco más sanción que el castigo automático infligido por los manes de los antepasados»⁽¹⁴⁾.

Nunca, como aquí, se ha podido aplicar con más justicia la frase histórica: «los muertos mandan». «Los jefes muertos —dice M. Henri A. Junod— son los dioses de la nación. Lo que ellos hicieron, es lo que ahora se debe hacer; la conducta que ellos observaron, es ahora la norma suprema; las tradiciones que legaron a sus sucesores, constituyen la única religión y moral de estos pueblos. Las costumbres transmitidas desde tiempos prehistóricos son leyes inmutables. Contravenirlas sería un atentado, un sacrilegio, un crimen de lesa divinidad»⁽¹⁵⁾.

(13) *Griefs des indigenes*, en: *Autour du Probleme*, 14.

(14) *L'Enseignement religieux*, en: *Autour du Probleme*, 68-69.

(15) ALLIER, *La Psychologie de la Conversion*, 138-39.

«Entre los malgaches de Madagascar —dice el P. Dubois— la voluntad de los difuntos es la ley suprema, tanto más sagrada cuanto más lejos se pierde en la oscuridad del pasado⁽¹⁶⁾.

Las tradiciones de la nación, de la tribu o de la familia son el lazo sagrado que une a los vivos con los muertos. Es creencia, común a casi todos los pueblos salvajes, que el espíritu de los muertos sigue habitando en forma invisible dentro del clan o de la familia a que pertenecieron en vida y que desligados del cuerpo poseen un poder semidivino, lo mismo para el bien que para el mal. Por eso, el cumplimiento de las tradiciones no es sólo para ellos una tendencia instintiva, una tara psicológica, como en los pueblos civilizados; es, más bien, efecto de un terror sagrado a los males y catástrofes que les pueden sobrevenir si abandonan las prácticas de sus antepasados.

«Los indígenas de Zambeza —dice R. Allier— son extremadamente hábiles en construir cuchillos e instrumentos de hierro. En su país abunda la madera fina y la caña de bambú. Con todos estos materiales podrían construir hermosas y cómodas viviendas, porque, además, no les falta ingenio para ello; y sin embargo no lo hacen, ¿por qué? La respuesta es siempre la misma: porque sus antepasados no lo hicieron tampoco. Son esclavos de la rutina y sus tiendas son miserables, oscuras y sin aire. Cuando se les advierte que introduzcan en ellas alguna mejora sencilla, responden invariablemente que sus padres lo hicieron siempre así y que quieren ser fieles a la tradición»⁽¹⁷⁾.

Es la tiranía de la rutina, todo lo irracional que se quiera, pero que tiene una fuerza inmensa, aun en nuestros países de brillante civilización, y que mata en flor, muchas veces, hermosas iniciativas. Entre los salvajes, la rutina no es sólo efecto de adhesión inconsciente a las tradiciones, sino miedo a no sé qué castigos misteriosos que provendrían de los antepasados por el crimen de no cumplir con las costumbres que ellos dejaron.

Uno de los castigos automáticos con que los antepasados

(16) *Les obstacles à l'Apostolat*, en: *Obstacles à l'Apostolat*, 80.

(17) *La Psychologie de la Conversion*, 135-36.

sancionan la negligencia de las tradiciones, es la rotura de los lazos que ligan a los vivos con los muertos. Cuando un salvaje muere, su espíritu va a reunirse con los espíritus de sus antepasados; con sus padres, con sus parientes, con los antepasados de su clan, de su tribu, de su casta. Para darse cuenta de la gravedad de este castigo para un negro, sería menester comprender hasta qué punto llega la robustez de los lazos familiares entre ellos. «La maldición más terrible que se puede dirigir contra un negro —dice el P. Dufonteny— es quitarle la esperanza de ser sepultado en la tierra de sus padres y de reunirse con sus antepasados... He ahí el principal obstáculo que encuentra el negro para abrazar el cristianismo: Si yo me hago cristiano, ya no volveré a ver a mi madre después de la muerte»⁽¹⁸⁾. El cambio de religión rompe el lazo de unión entre los espíritus de una misma familia.

«Una tarde —dice el mismo misionero— había predicado yo a mis cristianos sobre la gloria del cielo. Después de la instrucción, cuando me paseaba rezando el rosario por las calles del pueblo, advertí que uno de mis mas fervorosos cristianos estaba llorando a lágrima viva delante de su pobre choza.

—¿Qué te sucede para que llores así?

—¡Ah, Padre mío!, es por tu sermón de esta tarde.

—¡Cómo! ¿Si el sermón ha sido de los gozos del cielo?

—Pues eso es precisamente lo que me hace llorar.

—¿Pues, por qué?

—¡Es que yo tenía una madre tan buena! Ella no conoció la gracia del bautismo antes de su muerte; si lo hubiera conocido, ciertamente lo hubiera recibido, porque ¡era tan buena! Yo voy a ir al cielo y no veré más a mi madre. Por eso lloro. ¡Pobre madre mía! ¡era tan buena!

Yo procuré convencer al pobre negro —sigue diciendo el misionero— de que su madre podía haberse salvado, ya que, según él, era tan buena y virtuosa, aun cuando no hubiera recibido el bautismo; y que, por tanto, habiendo él recibido el bautismo, era más seguro que pudiera ver a su madre que si no lo fuera. Fué tal el gozo que experimentó aquel pobre negro con esta explicación que, no pudiendo contenerlo dentro de su corazón, corrió a decir a gritos a los otros cristianos: «Sabed

(18) *Autour du Probleme*, 15.

que nuestro bautismo nos da más seguridad de ver a nuestra madre que si no lo hubiéramos recibido» ⁽¹⁹⁾.

Es ciertamente emocionante esta piedad filial de los negros, pero también es cierto que ella constituye precisamente uno de los mayores obstáculos para la conversión. Cambiar de religión es para ellos sinónimo de perder la esperanza de volver a ver en el otro mundo a su madre. ¿Se comprende ahora la fuerza de aquella terrible imprecación que los vecinos de la pobre Maleka lanzaban contra ella al decirla que no sería enterrada en el sepulcro de su madre?

CADA CUAL EN SU CLASE.

Este miedo a perder el contacto con los antepasados de la familia o de la tribu origina fenómenos curiosos, incomprensibles para nuestra mentalidad europea.

San Pablo predicaba en las plazas de Atenas y de Corinto la doctrina evangélica de la igualdad: «Ya no hay distinción entre ricos y pobres, entre griegos y bárbaros, entre señores y esclavos; todos somos iguales en Cristo». Y en los ojos de los esclavos que le escuchaban debió de fulgurar un relámpago de alegría; aquel hombre venía a romper las cadenas que, durante tantos siglos, los habían sujetado al carro triunfal de sus tiranos.

Un misionero —cuenta el P. Dufonteny—, animado, sin duda, de las mejores intenciones, predicó un día, ante un auditorio compuesto en su mayoría de esclavos, la doctrina igualitaria de San Pablo: «Todos vosotros sois iguales; los esclavos valen tanto como los jefes». Su vanidad oratoria creyó tal vez recibir una ovación estruendosa de parte de aquellos infelices esclavos, tratados por sus amos como bestias de carga y privados de toda clase de derechos sociales; pero cuál no sería su asombro al ver que su perorata igualitaria fué recibida con una explosión de hilaridad por los mismos esclavos: «¡Mirad lo que dice éste, que somos iguales que los jefes!». Así decían aquellos infelices esclavos, soltando la carcajada. Aquella doctrina de igualdad que un día hizo estremecer de gozo y de es-

(19) *Autour du Probleme*, 16ss.

peranza a los esclavos de Atenas, de Corinto y de Roma y que aún hoy levanta tempestades de entusiasmo en los mítines políticos, no produce entre los esclavos negros más que una carcajada de menosprecio. R. Allier cuenta otro caso semejante, ocurrido a otro misionero y también se le rieron a sus propias barbas.

Este fenómeno, que a un obrero europeo le parecería incomprendible, tiene para el negro una explicación sencillísima. «Para el negro, salir de su condición, de la clase social a que pertenece, es romper sus lazos de familia, es perder el derecho a reunirse con sus antepasados, el derecho de volver a ver a su madre.» El razonamiento que se hace el negro es el siguiente: «Mi madre fué esclava y murió esclava; si yo dejo de ser esclavo no podré ver a mi madre cuando muera»⁽²⁰⁾. Es que tienen la creencia de que en el otro mundo existen las mismas relaciones sociales que en éste y que cada cual, al morir, va a reunirse con su familia en la misma clase social a que en este mundo pertenecieron.

LA ESCLAVITUD DE LA RUTINA.

He ahí una dificultad insuperable para el misionero. Esa adhesión tenaz a las tradiciones ancestrales ofrece una resistencia incommovible a toda innovación. El misionero que va a predicarles el Evangelio no es, a sus ojos, más que un innovador, un hombre que pretende nada menos que hacerles abandonar las creencias y las costumbres que han recibido de sus antepasados, y adoptan ante él una actitud de defensa. Esa adhesión irracional a sus tradiciones, fundada en los diversos motivos que hemos enumerado, llega con los años a polarizar su entendimiento y su voluntad, creando ese estado psicológico que solemos llamar fanatismo o rutina, para expresarlo con una palabra más suave; rutina, que es el único argumento para oponerse a todo progreso y a toda innovación.

«Todos los prejuicios del indígena —dice el P. Dunfonteny— pueden compendiarse en este proverbio, que acostumbran a repetir como un argumento irrefutable: «Nosotros no que-

(20) *Autour du Probleme*, 24

remos novedades en nuestro país» ⁽²¹⁾. El cristianismo no es para ellos ni más ni menos que una novedad, y por eso se oponen a él con esa obstinación cazurra con que muchos de nuestros campesinos rutinarios se oponen a toda innovación que pretende facilitar, cambiar los modos rutinarios de sus labores agrícolas.

¿Quién no ha escuchado alguna vez los argumentos ridículos con que algunos de nuestros campesinos defienden sus procedimientos rutinarios para oponerse a innovaciones ciertamente beneficiosas? Pues si la rutina tiene tanta fuerza, aun en nuestros países de civilización tan brillante, ¿qué fuerza no tendrá en aquellos pueblos de mentalidad gregaria, carentes de iniciativa personal y adheridos a sus tradiciones con la fuerza de un instinto inconsciente?

Por eso, la hostilidad de los indígenas contra el catolicismo no es hostilidad específica, ni ese odio anticatólico con que un protestante o un cismático griego, por ejemplo, adoptan ante el catolicismo romano, como ellos lo llaman. El catolicismo, para los indígenas, no es una religión opuesta a la suya, sino, simplemente, una innovación. Por eso, los argumentos que contra él oponen no son religiosos, sino sociales: «Eso no lo creyeron nuestros padres; eso no lo practicaron nuestros padres; si nosotros practicamos eso, los espíritus de nuestros antepasados nos castigarán por haber abandonado sus tradiciones». Estos son los únicos argumentos que esgrime el negro ante el catolicismo.

EL ARGUMENTO PATRIÓTICO.

La patria no la crean únicamente el territorio común, ni los lazos de parentesco, ni la comunidad de intereses; eso no es más que el cuerpo de la patria. El alma son las tradiciones recibidas de los antepasados y conservadas como un tesoro recibido en herencia y que tenemos que transmitir a nuestros sucesores. Quitad a un pueblo sus tradiciones, y aunque le dejéis el mismo territorio, los mismos ciudadanos, los mismos rasgos fisonómicos, la misma lengua, el mismo carácter, aquello ya no será la misma patria, aquello será nada más que el cadáver de una patria. Por eso, los pueblos que sienten vivamente el pa-

(21) *Autour du Probleme*, 13.

triotismo son eminentemente tradicionalistas; defienden tan fieramente sus tradiciones como se defiende la vida ante el ataque de un agresor. Cuanto más patriota es un pueblo, tanto es más amante de sus tradiciones, y, al revés, cuanto más amante es un pueblo de sus tradiciones, tanto es más patriota.

Pero en amar las tradiciones puede haber también exceso, que se traduce en seguida en exceso de patriotismo. El exceso de patriotismo se llama xenofobia, que quiere decir horror a todo lo extranjero. Por eso, todos los pueblos de patriotismo exaltado son xenófobos.

La mayor parte de los pueblos paganos son xenófobos, que no es otra cosa que un apego excesivo e irracional a sus propias tradiciones. Conocida es la xenofobia de chinos y japoneses, que tuvo cerradas a cal y canto las fronteras de aquellos dos países a toda infiltración extranjera durante siglos, hasta que los cañones de Francia y de Inglaterra abrieron un portillo por donde pudo penetrar un poco la influencia y la civilización europeas.

Hoy esta xenofobia ha disminuído bastante, pero aún permanece viva en la masa del pueblo, como una defensa de las patrias tradiciones contra las infiltraciones extranjeras. Esa es una de las causas más poderosas del avance lento del catolicismo en aquellos países, mirado con prevención como importación extranjera.

Cuesta horrores a los misioneros convencer a aquellos hombres que el catolicismo es una religión universal, que no está circunscrita a ninguna nación ni a ninguna raza. Para ellos el catolicismo es la religión de los europeos, es decir, de los extranjeros. El grito de alarma de los japoneses ante el cristianismo —dice el P. Doroteo Schilling— es este: «Cuidado con el cristianismo y, sobre todo, con el catolicismo. Es muy peligroso para nuestras ideas nacionales»⁽²²⁾.

Los chinos y los japoneses se oponen al catolicismo alegando el peligro patriótico. Los salvajes de Africa y de Oceanía no oponen el argumento del patriotismo, porque el patriotismo es una idea demasiado elevada para sus cerebros infantiles, pero, en cambio, oponen el prejuicio de sus tradiciones, que para el caso es lo mismo. Su xenofobia no es una xenofobia patriótica,

(22) *L'état actuel du catholicisme au Japon*, en: *Autour du Probleme*, 149.

pero es una xenofobia tradicional, pues para el hombre primitivo la tradición es la patria, «en ella reposa el país, y es la base de su prosperidad, de su felicidad en este mundo y en el otro».

LA RELIGIÓN Y LA CULTURA.

Claro está que el misionero católico que, con el Evangelio en una mano y el crucifijo en la otra, va al Japón, a China, a la India, a Australia o al Congo no lleva la pretensión de cambiar toda la cultura tradicional de aquellos países. El no pretende más que introducir una religión nueva, y la religión no es más que una parte, sin duda la más importante, pero no la única, de la civilización europea, pero es que esta separación entre la religión y las demás manifestaciones de la cultura la concebimos muy bien nosotros, acostumbrados a separar conceptos y a clasificar ideas, pero no lo conciben así los pueblos de mentalidad predominantemente religiosa, como son todos los pueblos paganos.

Es un fenómeno constante, que se observa en la historia de todos los pueblos, que la idea religiosa es la idea predominante y la base de la cultura de todos ellos. Borrada la religión, la idea religiosa de la Historia de las antiguas civilizaciones y habréis borrado de un plumazo toda su historia.

Precisamente el politeísmo en que cayeron casi todos los pueblos de la antigüedad es una prueba del desbordamiento de la idea religiosa sobre todas las demás manifestaciones de su cultura. Y he aquí un fenómeno singular: Cuanto más bajo es el nivel de la cultura de un pueblo, tanto mayor es ese desbordamiento de la idea religiosa. Para un negro del Congo todo es religión, hasta la salida del primer diente, hasta el estreno de un taparrabos.

Aun en los pueblos civilizados, la superstición, que no es más que un desbordamiento de la idea religiosa, suele ser patrimonio de las masas ignorantes. Pero a medida que un pueblo avanza en el camino de la cultura, la religión se concreta y se retira a sus verdaderos términos, quedando reducida a una de

tantas manifestaciones y actividades del espíritu humano, la más importante sin duda, pero distinta de las demás.

El fenómeno se percibe con toda claridad en la Historia. El politeísmo de los griegos del tiempo de Sócrates y de Alcibíades, es un politeísmo menos absorbente y más idealista que el politeísmo grosero y materialista de la Grecia de Aquiles y Ulises; es que la religión iba retrocediendo a sus justos límites. Del mismo modo, la religión de los romanos de la época de Cicerón se parecía ya muy poco al politeísmo supersticioso e infantil de los romanos de la época de Numa Pompilio.

Bien es verdad que las masas ignorantes no habían reaccionado con la misma rapidez que las clases intelectuales, y que, aun en tiempos de Sócrates, los griegos seguían sacrificando gallos a Esculapio y los Penates seguían presidiendo los hogares romanos en tiempo de César; pero no puede dudarse que la religión iba retrocediendo, hasta encerrarse en los templos.

El cristianismo no pudo suprimir de repente aquella mentalidad religiosa absorbente de romanos y griegos, que siguió invadiendo dominios que no le pertenecían hasta los albores de la Edad moderna. Desde entonces, el influjo del renacimiento y el progreso de la Filosofía y de las ciencias fué deslindando los campos de las diversas actividades humanas. La religión se clasificó ya como una cosa aparte de la economía, de la política, del trato social, de la vida familiar y se concentró en los templos, sin que esto quiera decir que la religión dejara de tener sus relaciones, más o menos íntimas, con las demás manifestaciones del espíritu humano. Es decir, que la religión vino a ocupar en la vida individual, familiar y social el lugar que le correspondía.

Pero como ocurre en todos los movimientos de reacción, el retroceso no se ha detenido en el justo límite, y hoy la idea religiosa va siendo desplazada hasta de sus legítimas fronteras. A la superstición antigua ha sucedido la indiferencia religiosa, al politeísmo, que veía dioses en todas partes, el ateísmo, que no lo ve en ninguna. El «*homo religiosus*» de la Edad antigua, fué primero destronado por el «*homo sapiens*» de la era racionalista, y el «*homo sapiens*» ha sido a su vez desbancado por el «*homo oeconomicus*» de la era socialista.

Pues bien: los pueblos infieles, donde el misionero tiene

que llevar la buena nueva del Evangelio, están todavía en las primeras etapas de esta evolución; es decir, que son pueblos de mentalidad eminentemente religiosa. En esos pueblos, la religión invade el campo de todas las actividades individuales, familiares y sociales. Allí todo es religión: el aseo, el adorno personal, los desposorios, la procreación, el nacimiento de los hijos, la veneración a los muertos, el saludo, las relaciones sociales, la guerra, la administración de justicia.

«Es imposible ocuparse de los negros —dice Luis Fhillipart— sin tropezar a cada paso con el fetiquismo. Están impregnados de él como sus cabañas de humo»⁽²³⁾. De los pueblos de Oriente, si no en tanto grado, puede asegurarse que la religión es una idea predominante. «En Oriente —dice el misionero capuchino P. Damián Reumont—, las costumbres están íntimamente ligadas a la religión y la religión invade toda la vida familiar, social y política»⁽²⁴⁾.

Hay que precaverse, no obstante, de un engaño que pudiera padecer un turista superficial que visitara aquellos pueblos en un viaje rápido. La religiosidad no tiene allí el mismo significado, ni se manifiesta del mismo modo que en Europa. Nosotros creemos en un Dios personal, al que tributamos un culto también personal. Como hemos distinguido la religión de las demás manifestaciones de la vida y de la cultura, sentimos la necesidad de dedicar a la religión actos especiales, tiempos y lugares determinados. Tenemos, por tanto, días festivos, con su liturgia religiosa en templos dedicados exclusivamente a los actos de culto. Por eso, entre nosotros, la religión significa actos de culto en días determinados y en lugares determinados.

En los pueblos de Oriente y en los pueblos primitivos con mayor razón, no existe, por lo general, la creencia en un Dios personal, ni, por consiguiente, un culto personal. Como al mismo tiempo, la religión invade toda la vida del hombre y todos sus actos, o casi todos, se consideran como actos religiosos, no sienten la necesidad de dedicar al culto actos determinados ni lugares o días determinados.

(23) *Le Bas Congo. Etat religieux et social*, citado por el P. Van Cleemputte C.S.S.R., en: *Après la conversion, compte rendu de la neuvième semaine de Missionologie de Louvain*, 1931, 119.

(24) *Le Catholicisme aux Indes*, en: *Études Franciscaines*, Janvier-fevrier, 1936, 22-23.

Por eso, un europeo, acostumbrado a la práctica de la religión según la mentalidad europea, al visitar aquellos pueblos sacará seguramente la impresión de que son pueblos irreligiosos, pueblos ateos; cuando es precisamente todo lo contrario, porque no los ven practicar ningún culto determinado. Es cierto que en China, Japón y en la India existen templos, sacerdotes y actos de culto, pero la verdad es que la inmensa mayoría de los habitantes no practican esa clase de culto ni acuden a los templos, si no es alguna vez en peregrinaciones devotas.

«Es muy difícil de precisar —dice ALBERTO DEL CASTILLO en la obra *Razas Humanas*— el grado de religiosidad de los chinos si los medimos por nuestra propia religiosidad. Para un europeo o un americano, los chinos son ateos, hombres sin religión. El chino, más que religión, tiene un conjunto de principios morales» (25). Igual observación hace respecto de los japoneses. «La religión —dice— ocupa en el Japón el mismo lugar que en China, es decir, que si midiésemos la religiosidad japonesa por el mismo patrón de los occidentales, habíamos de concluir que son prácticamente ateos» (26).

El misionero del Japón Dom Giancarlo Castagna hace, poco más o menos, la misma observación. «El japonés —dice— no se preocupa gran cosa de aprender la religión. Sigue en la práctica la sentencia de un sabio chino que decía: Nosotros sabemos bien poca cosa de las cosas de aquí abajo, ¿cómo pretendemos conocer las cosas de arriba?» (27).

Pero aunque chinos, japoneses e indostánicos no practican la religión al modo europeo, su vida toda, no obstante, está impregnada de religión.

Aún entre los musulmanes, que admiten un Dios personal, las prácticas específicamente religiosas se reducen a ciertas oraciones y, a lo más, al ayuno del ramadán. «La adhesión del musulmán a su religión —dice Jules Declerq— es más bien una tradición que un verdadero sentimiento y una vida religiosa» (28).

Entre los salvajes, la idea religiosa es sumamente más confusa. Su religión es más bien una inmensa superstición, consis-

(25) *Razas humanas*, I, 256.

(26) *Ibid.*, 270.

(27) *Obstacles a l'Apostolat*, 215.

(28) *Obstacles a l'Apostolat*, 163.

tente en el temor a los espíritus de los muertos. El animismo y el fetiquismo, como ya hemos advertido, lo invaden todo, y por el mismo hecho de que todos los actos de su vida obedecen a motivo supersticioso, por eso no tienen prácticas religiosas determinadas, y harán al europeo la impresión de pueblos enteramente ateos.

«Los malgaches de Madagascar —dice el P. Dubois— poseen una mentalidad prodigiosamente supersticiosa y la preocupación dominante del culto de los muertos. Nada de templos, ni de culto social aparente, ni de sacerdocio organizado; una creencia en Dios difícil de descubrir y mucho más difícil de precisar; pero, en cambio, todas las variedades posibles de prácticas ridículas y de vanas observancias» ⁽²⁹⁾.

En resumen: que lo mismo en los pueblos orientales que entre los primitivos de Africa y Oceanía, la religión no constituye una parte de su cultura, sino toda su cultura; por lo menos, su cultura está tan impregnada de la idea religiosa como es imposible separarla.

Si aquellos pueblos concibieran la religión al modo como nosotros la concebimos, es decir, separada de otras manifestaciones de la cultura, no opondrían seguramente tanta dificultad al cambio de religión. Pero no; para ellos la religión es toda su cultura y por eso consideran al misionero como un hombre que pretende quitarles su cultura e introducir en su país la cultura europea, que es una cultura extranjera. Un francés, un inglés, un alemán que cambia de religión, sigue siendo alemán, francés o inglés, porque la religión no es más que una parte de su cultura nacional; mas para un chino y para un japonés, dejar su religión y cambiarla por otra equivale, al menos así lo creen ellos, a abandonar su cultura nacional y a cambiarla por la cultura europea. El chino, el japonés patriota no pueden tolerar eso, y por eso se oponen al cristianismo y, sobre todo, al catolicismo con toda la energía de su patriotismo amenazado. La idea que los orientales tienen de la religión cristiana es análoga, en este sentido, a la que tienen de la suya; es decir, ellos creen que la religión cristiana y católica es algo inseparable de la cultura europea, y en ello no les falta su parte de razón. Para ellos catolicismo es sinónimo de europeísmo, y por eso se oponen.

(29) *Obstacles à l'Apostolat*, 79.

en nombre de un nacionalismo xenófobo, a la invasión del cristianismo como a la invasión de una cultura extranjera.

Un célebre escritor indio, convertido al catolicismo, lo decía claramente con estas palabras: «El gran obstáculo a la expansión del cristianismo es la estrecha conexión del cristianismo con la cultura europea, con instituciones completamente extrañas a la India»⁽³⁰⁾. Una cosa análoga dice Jules Declercq refiriéndose a los pueblos islámicos: «El obstáculo a la evangelización del Islam es más bien social que religioso, y es que los musulmanes no defienden su religión en cuanto religión, sino en cuanto que es parte integrante de su cultura nacional y racial»⁽³¹⁾.

Ciertamente que entre los pueblos primitivos, como son los negros de Africa, no existe este sentimiento nacional que se advierte en los pueblos de más avanzada civilización, pero existe ese fuerte apego a sus tradiciones, de que ya hemos hablado; tradiciones que están tan íntimamente ligadas a la religión que podemos decir que son la misma religión.

UN LAICISMO ACEPTABLE.

La cultura europea, superior sin disputa a las culturas orientales e islámicas, y no digamos a la de los pueblos salvajes, al menos en su aspecto material, se ha puesto hoy en contacto con todos esos pueblos que antes la rechazaban con xenofobia morbosa. La civilización occidental empieza a infiltrarse con rapidez asombrosa, sobre todo en Japón y aun en China y en la India. Entre los musulmanes ya no se nota tampoco aquel aislamiento fanático con que antiguamente se acorazaban para rechazar todo contacto con los infieles, según ellos llamaban a los europeos.

Abiertos ya esos países, más o menos, a la cultura occidental, muchas de cuyas ideas y adelantos han aceptado de buena gana, ya no se mira con tanta prevención tampoco al cristianismo; pero también es cierto que este espíritu de transigencia y aun de benevolencia y entusiasmo por la cultura europea no ha trascendido todavía de las clases intelectuales, y que aquellas

(30) P. PIERRE DANNEN, S.J., *Un Jésuite Brahme*, 90.

(31) *Obstacles a l'Apostolat*, 169.

prevenciones de antaño están aún muy vivas en el corazón del pueblo; y precisamente esa mentalidad religiosa, predominante aún en las masas populares, seguirá siendo, durante mucho tiempo, un gran obstáculo a la conversión y expansión del cristianismo.

Por eso, el laicismo, que en Europa es un mal, allí sería quizá un bien. Para que el catolicismo penetre a velas desplegadas en Oriente y en los países islámicos sería necesario que esos pueblos no fueran tan excesivamente religiosos, que la religión se replegara a sus justos límites y dejara de invadir toda su vida individual, familiar y social; es decir, que se hicieran un poco más laicos. Precisamente, la infiltración de la cultura europea en Oriente ha contribuído grandemente a disminuir la religiosidad de aquellos pueblos. Esto que, considerado en abstracto, es un mal, en concreto y para la difusión del catolicismo, puede ser un bien. La religión ya no será para ellos una cosa tan esencial, y no sentirán tanta repugnancia en cambiarla por otra. «Creo —dice el abate Jules Declercq— que una solución para suprimir el obstáculo que la cuestión religiosa opone al avance del catolicismo en los países islámicos sería la separación en la Constitución de lo religioso y de lo civil, como ya se ha realizado en Turquía»⁽³²⁾. O lo que es lo mismo, sería conveniente laicizar un poco más o estos pueblos.

El abate Declercq aduce el ejemplo de Turquía. Sabido es que Turquía, hasta hace unos años, era una nación herméticamente cerrada a la cultura occidental, al menos en su parte espiritual. La religión mahometana era allí, como en todos los países islámicos, la base de su civilización, fuertemente enraizada en todas las manifestaciones de su cultura. El turco era profundamente religioso, en el sentido vago y confuso que allí tiene la religión; pero el actual Dictador de Turquía, Kemal Bajá, ha abierto una brecha en el bloque islámico y, sin quererlo sin duda, ha hecho mucho más posible que antes la invasión en Turquía del cristianismo.

Para ello no ha hecho otra cosa que desligar la religión musulmana de las demás manifestaciones del espíritu y de la vida nacional, haciendo una Constitución laica y separando la autoridad religiosa de la política. Ha hecho, ni más ni menos

(32) *Obstacles a l'Apostolat*, 169.

que nuestros políticos laicos: relegar la religión a los templos y al sagrario del hogar; es decir, ha hecho o ha pretendido hacer a los turcos irreligiosos, con gran disgusto, por supuesto, de santones y de ulemas.

Para el musulmán de la nueva Turquía su religión ya no será el índice supremo de la raza, la base única de su nacionalidad, ni la razón lógica de su cultura. Será una de tantas creencias de quita y pon, que podrán sustituirse cómodamente por otra con la misma facilidad con que han ido sustituyendo el turbante y las babuchas por el sombrero y los zapatos europeos.

Quien sabe si esa política irreligiosa y laica, que es un mal generalmente hablando, no será una brecha providencialmente abierta en el bloque musulmán que permitirá la entrada del catolicismo a velas desplegadas.

OTRO OBSTÁCULO: LOS QUE PIENSAN CON LOS OJOS.

Hemos analizado ya el gran obstáculo que representa para la conversión y para la difusión del catolicismo la mentalidad colectiva, propia de casi todos los países de infieles. Hemos visto a las naciones, a las tribus, a las castas, a la familia, oponerse en bloque al catolicismo invasor, que ellos creen aniquilador de sus viejas y venerandas tradiciones.

Pero aun suponiendo vencido este obstáculo de la mentalidad colectiva, hay otro, de carácter personal, que haría poco menos que inútil la victoria sobre la colectividad y que representa otra diferencia esencial de cultura entre el misionero y el infiel.

La religión, aunque sea tan divina como la católica, no puede ir desligada de los medios humanos que se utilizan para expresarla, y como la religión católica ha nacido, o por lo menos ha alcanzado su pleno desarrollo en Europa, no es extraño que la expresión externa de sus dogmas y de sus preceptos haya sido acomodada a la mentalidad europea y concretada en fórmulas que reflejan exactamente esa mentalidad característica.

La mentalidad europea es esencialmente abstracta y ha mo-

delado la religión en fórmulas abstractas. Y aquí está precisamente el problema. La mentalidad de los pueblos orientales, y más aún, de los pueblos primitivos, a los que hay que llevar la doctrina evangélica, son pueblos de mentalidad concreta, poco acostumbrados a fórmulas abstractas y que para muchos de ellos son totalmente incomprensibles.

Abstracción es lo mismo que generalización; expresar por una idea o por un vocablo lo que muchos objetos numéricamente distintos tienen de común. Idea abstracta es lo que llaman los filósofos «un universal».

Todo hombre en el uso expedito de sus facultades mentales posee la capacidad abstractiva, que no es sino la manifestación más característica del poder de pensar del entendimiento humano, pero el mayor o menor desarrollo de esa facultad depende de muchos factores circunstanciales. Por de pronto en el niño, aun el de países supercivilizados, esa facultad de generalizar no aparece con claridad hasta los doce o catorce años, desde cuya edad se va desarrollando progresivamente hasta los treinta en que suele llegar a su plenitud.

No hay duda que la educación contribuye enormemente al más rápido e intenso desarrollo de esa facultad. Las clases incultas la poseen en grado muy limitado. Si se examina el vocabulario que emplea un campesino de Castilla, se observará que el número de palabras de significación abstracta que emplea es sumamente reducido, un diez por ciento lo más. Sólo los sabios la poseen en su grado máximo.

Examinando la historia se observa que sólo los hombres de ciertas razas han ejercitado la facultad de generalizar en grande escala, las razas griega y latina, los pueblos filósofos, creadores de las ciencias especulativas, características de la cultura grecolatina. Por eso en los idiomas griego y latino y derivados de ellos abundan asombrosamente los vocablos de significación abstracta. Todos los demás pueblos de Europa son tributarios de la cultura grecolatina.

En resumen: que los pueblos europeos y americanos de civilización importada de Europa son pueblos de marcada mentalidad abstracta.

En los pueblos orientales, indios, chinos y japoneses la facultad abstractiva está muy poco desarrollada. No existe la filosofía oriental ni una metafísica oriental, como existe una filo-

sofía griega o una metafísica alemana. Lo que ha dado en llamarse filosofía oriental no es propiamente filosofía, sino moral; y ni siquiera moral especulativa, sino moral práctica, una serie de consejos y de preceptos éticos, sociales o higiénicos, pero nada de metafísica, nada de especulación. Los orientales son pueblos de mentalidad concreta, es decir, no acostumbrados al trabajo intelectual de abstraer, de generalizar.

«La filosofía pura—dice André Boland—no preocupa a los chinos. Si es que existe una metafísica china hay que extraerla de sus tratados de moral, pero como ciencia especial no existe. El chino no se interesa por las ideas puras»⁽³³⁾. Análoga observación podemos hacer de los indios y de los japoneses. No les interesa la idea abstracta, sino lo concreto.

Inmensamente más limitada aún está la facultad de abstraer entre las razas primitivas. «La facultad de abstracción—dice Wilfredo Pareto—, se desarrolla con la civilización; por eso es muy débil en los pueblos bárbaros»⁽³⁴⁾. En este respecto su mentalidad es completamente infantil. Lo mismo que el niño, el salvaje no percibe más que lo concreto, el individuo con todas sus diferencias individuales. Debido al poco desarrollo de su inteligencia y a la dificultad de reflexionar, no se da cuenta del lazo común que une a cosas e individuos del mismo género, de la misma especie. Piensa con los ojos más que con el entendimiento; las ideas abstractas son algo incomprensible y aún imposible para él. «Nosotros entendemos, pero no sabemos reflexionar» en esta frase dirigida por un indígena a un misionero, está compendiada la psicología intelectual de todos los pueblos salvajes. El oficio de su entendimiento está reducido a percibir los objetos concretos que se presentan ante su vista, sin tomarse jamás el trabajo de elaborarlos y construir principios o verdades de orden abstracto o científico.

Esta carencia de ideas abstractas en los pueblos primitivos hace que sus idiomas carezcan también de vocablos para expresar esa clase de ideas, que tanto facilitan el trabajo intelectual en los pueblos de mentalidad abstracta. Por eso el salvaje, para expresar su pensamiento, como carece de ideas abstractas, tiene que acudir a ejemplos, a semejanzas y, en último caso, a la

(33) *La Psychologie de l'étudiant chinois*, en: *Bulletin des Missions*, main-juin, 1928, 111.

(34) *Traité de Sociologie Générale*, I, 88.

EL PROBLEMA PSICOLÓGICO DE LA CONVERSIÓN

mímica. Así se explica por qué entre los salvajes está tan generalizado el uso del apólogo, de la parábola, y por qué todos ellos son unos consumados mímicos. Es que tienen necesidad de esos recursos para expresar su pensamiento.

INDICE

	<i>Págs.</i>
Planteamiento del problema	3
La lucha de dos culturas	5
Cómo se crea una cultura	6
Mentalidad colectiva	10
La adhesión al clan	12
La tiranía de la colectividad	13
La tradición: los muertos mandan	17
Cada cual en su clase	21
La esclavitud de la rutina	22
El argumento patriótico	23
La religión y la cultura	25
Un laicismo aceptable	30
Otro obstáculo: los que piensan con los ojos	32

SELECCIONES GRÁFICAS
DE LA COLECCIÓN